Globethics Repository



La crisis en los países periféricos [The crisis in the peripheral countries]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Prebisch, Raúl
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-11 22:15:46
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222030

Nueva Sociedad Nro. 51 Noviembre-Diciembre 1980, pp. 101-108

La crisis en los países periféricos. Entrevista con Raúl Prebisch

Raúl Prebisch

A fines de agosto de este año NUEVA SOCIEDAD fue invitada, junto con otras publicaciones iberoamericanas, a participar en un seminario organizado por la Escuela Asturiana de Estudios Hispánicos, en Oviedo, España, con el fin de estudiar las posibilidades de cooperación entre las revistas científicas que se publican en Iberoamérica y España. La dirección de este seminario le fue confiada al destacado economista Dr. Raúl Prebisch, lúcido innovador del pensamiento económico contemporáneo e incansable luchador por llevar a la práctica el ideario de la integración latinoamericana.

Desde sus altas responsabilidades en organismos internacionales - como Secretario Ejecutivo de la CEPAL; como fundador y primer Director General del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES); como Secretario General de la UNCTAD; como asesor del Secretario General de las Naciones Unidas, y como autor de importantes libros y ensayos el Dr. Prebisch ha tenido como preocupación fundamental el formar una clara conciencia de la alternativa histórica que vive nuestro continente.

Con ocasión del seminario antes mencionado, el Dr. Prebisch aceptó con agrado conversar con NUEVA SOCIEDAD, para exponer sus ideas sobre diferentes aspectos relacionados con la crisis mundial de la economía y su repercusión en Latinoamérica.

He aquí el diálogo sostenido con él:

NS: Dr. Prebisch, se sostiene que la actual crisis mundial del capitalismo repercute en Latinoamérica con mayor fuerza que en los centros desarrollados del sistema, debido a que hacia la periferia, hacia los países dependientes, los efectos se amplifican. No se trata, por cierto, de una crisis cíclica, que corresponde a crisis de producción, sino del mecanismo normal del sistema capitalista, que necesita de la profundización de la dependencia y explotación para mantener el estado actual de cosas. ¿Qué piensa usted al respecto?

R: Hay, indudablemente, una crisis en el capitalismo de los centros; pero yo sostengo que, independientemente de esos trastornos de los centros, se ha venido también desenvolviendo una tendencia hacia la crisis en los países periféricos. Me refiero al sector de América Latina en que más se ha avanzado en el proceso de

democratización. Al formular esta tesis considero las consecuencias del sistema de apropiación del fruto del progreso técnico y del compartimiento social de ese fruto. Pues bien, este mecanismo si bien es cierto que se manifiesta en los países que más habían progresado en el proceso de democratización , no es menos cierto que existe en todas partes; sólo que cuando el proceso de democratización es incipiente, los fenómenos conflictivos no se dan, se dan solamente los excluyentes, y cuando este proceso está manipulado desde arriba, cuando hay cooptación de dirigentes, tampoco se dan. En síntesis, yo veo en el sistema una serie de mutaciones estructurales en las cuales, cuando se ha llegado a un proceso de democratización más o menos libre, sin restricciones, el sistema lleva a una incompatibilidad entre este proceso y los mecanismos de acumulación y distribución. El sistema, tal cual funciona en la periferia, no tiene solución si no hay una transformación de los mecanismos de acumulación y distribución. Todo esto se está agravando hoy con la crisis del capitalismo de los centros.

NS: Esta crisis, a la cual Ud. se refiere, se acentúa con la acción de los monopolios y las transnacionales.

R: Es un fenómeno importante, pero no es todo. Cuando me refiero a la crisis de la democracia en los países que más habían avanzado en este sentido, no quiero desconocer que en nuestra larga y accidentada historia política, no ha habido fenómenos de empleo de la fuerza para resolver tal o cual tensión política y social, sino quiero destacar que además de esa manifestación de inmadurez que caracteriza la historia política latinoamericana, hay un fenómeno nuevo que no se daba hace 30 años, y es la incompatibilidad entre el mecanismo de acumulación y distribución, y el proceso de democratización. A eso hay que agregar las transnacionales. Una característica del capitalismo periférico es su carácter excluyente. En ese carácter influyen, ante todo, los fenómenos de imitación de las formas de consumo de los centros, los cuales malogran el potencial de acumulación de capital que el progreso técnico ha ido generando con su alta productividad, la que, sin duda alguna, se ha dado en la América Latina. Las transnacionales están estrechamente asociadas a esas formas de desarrollo, contribuyendo a malograr notablemente el potencial de acumulación por la succión sistemática de ingresos.

NS: Esto se relaciona con lo que usted ha denominado las "sociedades privilegiadas de consumo".

R: Las sociedades privilegiadas de consumo tienen, a mi juicio, una enorme importancia, porque nuestro capitalismo no es un capitalismo austero. Yo he estado en Japón y he estudiado el capitalismo allí. El capitalismo japonés representa un fenómeno completamente distinto; es austero; las clases medias y los estratos superiores han sido austeros, lo que ha llevado al Japón a acumular la tercera parte del producto. Los japoneses han hecho una acumulación netamente reproductiva, que no está dada por la acumulación de capital para satisfacer la diversidad de consumo de los estratos superiores, ni destinada a la construcción de suntuosas viviendas, ni tampoco se produce el malogramiento del potencial de

acumulación a través del Estado en obras superfluas de infraestructura; éste, además de la hipertrofia del Estado, es un tercer factor que contribuye al desperdicio del potencial de acumulación.

De manera que la característica del capitalismo nuestro es: su tendencia excluyente, debido al desperdicio del material de acumulación por la sociedad privilegiada de consumo, por la succión de ingresos por los centros, especialmente mediante las transnacionales, y por la hipertrofia del Estado (no porque el Estado carezca de una enorme importancia económica y social, sino porque se desorbita. Este es, pues, el carácter excluyente, y resulta conflictivo porque la distribución del fruto del progreso técnico se hace por el juego de las relaciones de poder, que no tienen ningún sentido regulador. Estos son los dos grandes males que, a mi juicio, no tienen solución dentro del sistema. Por otra parte, la inflación que yo llamo inflación social, es una expresión de eso. Que ha habido inflación, está claro, pues nos encontramos acostumbrados a la inflación histórica de la América Latina. Pero era de otro tipo; resultaba el producto del abuso de los estratos superiores de los mecanismos de crédito, los cuales estaban en sus manos, para el consumo, para la inversión o del abuso del Estado por el déficit sistemático. En cambio, la inflación ahora es de otro carácter, que se superpone al anterior. Por eso sostengo que esta crisis del capitalismo es también una crisis de las teorías económicas. Lo que yo estoy tratando de demostrar es que dentro del sistema no hay como salir de la inflación, porque el sistema es conflictivo y el conflicto conduce a la inflación.

NS: Quienes pretenden resolver el problema son los seguidores de la Escuela de Chicago, mediante la aplicación de las teorías neoclásicas, lo que significa un costo social altísimo.

R: Precisamente. En una reunión muy interesante de venezolanos, que se celebró tiempo atrás en Guadalupe uno de los cuatro economistas invitados era yo -, al observar cierta admiración por los representantes de algunos países en que se había logrado si no extirpar, disminuir la tasa de inflación, yo les dije: No se sorprendan de eso; con un gobierno de fuerza se puede reducir a cero la inflación. Si se suprime el poder sindical y político de la fuerza de trabajo frente al poder de apropiación del fruto del progreso técnico por los estratos superiores, se puede frenar la inflación y si no frena la inflación de tipo social, a pesar de tener el poder, es porque hay residuos de inflación de otro tipo, ya que lo que le interesa a los estratos superiores en un gobierno de fuerza no es tanto suprimir la inflación, sino restablecer el excedente. Si el excedente comienza a ser carcomido por el poder político y sindical de la masa, se suprime, y se restablece su dinámica, y al restablecerse puede seguir la inflación por factores externos o porque no se ha frenado el déficit fiscal. Lo esencial en estos casos es restablecer la dinámica del excedente. Si sigue la inflación de origen fiscal, ahí también la ortodoxia tiene su papel. ¿Cuál es la regla de la ortodoxia financiera? En la medida en que no puedan disminuir los gastos, se aumentan los impuestos a los estratos superiores.

Pero ellos se resisten, son los que dominan al amparo de la fuerza. Entonces la inflación, ¿qué virtud tiene?: dispensarles del impuesto y hacer recaer las consecuencias del déficit fiscal sobre la masa, cuyo poder social y político ha sido suprimido. Pero tampoco se puede extremar mucho esta situación porque aún con el uso de la fuerza hay que considerar la efervescencia social, el desarreglo sociopolítico que esto provoca. La inflación continúa por razones de origen fiscal, no perturba el excedente, entonces ¿por qué no se va a dejar subir los salarios de acuerdo con el alza de precios, si acaso se ha restablecido ya el margen del excedente? Entonces el sistema sigue funcionando y continúa la inflación.

Lo que yo deseo llevar a la mente de la gente, que está perpleja frente a este problema, es la idea de que un gobierno de fuerza puede hacer muchas cosas antisociales; pero que ésa no es una solución para el problema del desarrollo porque significa un altísimo costo social y político. Para mí, el desarrollo debe reunir tres condiciones: vigor, equidad y democratización. Si cualquiera de estas condiciones no se cumple, para mí no es una solución. No es concebible alcanzar equidad y vigor con la supresión de la democracia y sus valores inherentes. Que la democracia anda mal, que tiene vicios intrínsecos, es cierto; pero el tiempo la irá corrigiendo.

NS: Quisiera conocer su opinión sobre lo que se ha dado en llamar el Nuevo Orden Económico Internacional.

R: Este concepto del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) no es un concepto nuevo. Por obra de los países en desarrollo, se plantea por primera vez en el año 1964 la necesidad de un NOEI. En el informe de Secretaría que presenté a los gobiernos en mi calidad de Secretario General de UNCTAD, hablo del NOEI y en dicho informe expongo las ideas fundamentales en materia de apertura de mercados y de transferencia de recursos financieros a los países en desarrollo. Ahora bien, la crisis del Petróleo creó la ilusión de que aunando fuerzas con los países productores de petróleo, el Grupo de los 77 podría adquirir una gran gravitación para lograr de los grandes una buena negociación sobre el NOEI. Pero esto hasta ahora no se ha producido. Yo sostengo que aun cuando se llegara a la mejor de las soluciones en cuanto a comercio internacional, apertura de mercados, disminución del proteccionismo, transferencia de recursos financieros, etc., no lograríamos resolver nuestros problemas. Hay también problemas internos de transformación del sistema.

NS: ¿Cree usted que el Informe Brandt puede ser una buena base para la búsqueda de soluciones en este sentido?

R: Puede ser una buena base porque es la primera vez que un grupo eminente de gentes del Norte y del Sur se pone de acuerdo. Hasta ahora, los países del Norte habían desdeñado como fantasía lo que proponíamos los del Sur, considerándolo como demandas injustificadas. En cambio, en este grupo esclarecido de hombres, se observa una real voluntad intelectual. Ahora que tengan influencias sobre los

gobiernos de cuya actitud depende fundamentalmente el NOEI, hay una distancia muy grande. Recordemos que los grandes, en los largos años de euforia del capitalismo de los centros, que termina a mediados de los 70, cuando tuvieron altísimas tasas de crecimiento, no hicieron nada positivo.

NS: Se observa cierto escepticismo de parte de algunos países industrializados frente al diálogo NorteSur.

R: Más que escepticismo yo he notado en los años de mis luchas en la UNCTAD, y antes en la CEPAL, una absoluta indiferencia. ¡Ocúpense ustedes de sus problemas!, dicen los grandes. ¡Lo que es bueno para los centros, es bueno para la periferia! Si nosotros, históricamente, hemos tenido una tasa de desarrollo menor a la que ustedes tienen ahora, por qué no esperan, sean pacientes. Y esta actitud de indiferencia se ha transformado en algo mucho peor: el resentimiento por el alza de los precios del petróleo. Había un cuarto de siglo de deterioro de la relación de precios del intercambio de petróleo. Los primeros que han manifestado preocupación por este problema han sido nuestros amigos venezolanos. Ellos se dieron cuenta de que había un recurso agotable que se estaba malbaratando. Fueron los primeros en preconizar la elevación de los precios; pero no había en ese tiempo una coyuntura favorable de carácter internacional para formar esta Asociación que ha elevado los precios. Esto es una comprobación aplastante: si bien las fuerzas del mercado tienen ciertas virtudes en un ámbito limitado, no resuelven los grandes problemas. Las fuerzas del mercado carecen de sentido de previsión colectiva. El interés de las compañías les lleva a producir más y bajar los precios del petróleo, sin tener en cuenta que se trata de recursos no renovables, así como se ha deteriorado progresivamente el medio ambiente. Esto demuestra que hay una falla fundamental en el mercado. Yo creo que el mercado es un mecanismo sumamente útil en determinadas condiciones; pero no es el supremo regulador de la economía. Y no solamente se ha maltratado un recurso agotable, sino que se ha desviado la investigación tecnológica de los centros hacia formas que no sólo consumen alta energía, sino también otros recursos agotables y se ha prescindido de la investigación tecnológica de otras fuentes energéticas. Esto es la negación más absoluta de la teoría de que las fuerzas del mercado resuelven todos los problemas. Sin embargo, se sigue insistiendo y vemos cómo están aflorando nuevamente esas teorías anacrónicas que dicen: sí, pero si se hubieran elevado los precios de la energía gradualmente, se hubiera resuelto el problema. No se dan cuenta de que esa elevación de los precios no habría sido, en ningún caso, el resultado de las fuerzas del mercado, sin una política deliberada con un sentido de previsión que no ha existido. Quiero decir que se necesitaba combinar el juego de las fuerzas del mercado con una acción deliberada, consciente, con un gran sentido de previsión.

NS: Algunos fatalistas consideran que el estado actual de descomposición en que se encuentra el mundo puede conducir a una nueva aventura bélica. ¿Qué piensa Ud.?

R: Yo creo que es una voz de alerta muy importante que está entre líneas en el Informe Brandt. Más que entre líneas. Si los centros no se ocupan de los países en desarrollo, habrá una gran fuente de conflictos internacionales. Los hechos que han ido ocurriendo demuestran que en cualquier parte del mundo las tensiones sociales pueden provocar un problema de un nuevo tipo histórico, porque, cuando no existía competencia de sistemas, ese problema tenía alcances reducidos; pero hoy los otros, naturalmente, aprovechan para explotar esa situación de conflicto.

NS: ¿Cómo cree usted que se puede transformar el capitalismo de la periferia?

R: ¿Cuál es la transformación del sistema? Yo no creo que con retoques se va a resolver el problema. Creo que a través del proceso de democratización se han conseguido efectos muy positivos de mejoramiento social directo, a través del Estado; pero sostengo que eso tiene un límite. El límite está dado por la necesidad dinámica del presente sistema para acrecentar continuamente el excedente, y al acrecentar el excedente, acrecienta usted el impulso de la sociedad privilegiada de consumo. Ahí se estrella cualquier acción redistributiva directa o a través del Estado. Eso lo trato de demostrar en mis artículos, lo he afinado más en algo que estoy escribiendo, porque he llegado a la convicción más absoluta: no es cuestión de reforma aquí o allá que son útiles en una etapa; pero no más allá de cierto punto.

No hay cambios ni transformación de un sistema sin un cambio en la estructura política. Ahora, ¿cómo va a llegarse a ese cambio en la estructura política? Yo no creo que sea fundamentalmente un problema de ideología, sino un problema de condiciones objetivas de la realidad. Hay momentos que sí se puede conseguir un cambio a través del mismo proceso democrático, incluso es posible conseguir que un gobierno de fuerza se esclarezca y diga: vamos a salir sobre esa base, y también se puede conseguir que salga a través de una lucha violenta, yo no excluyo ninguna posibilidad. Mi preocupación no es tanto aquella en que yo no tengo competencia política para decidir, para trazar una ideología, sino ¿qué se hace después? Tome usted el poder, ¿qué hace? Yo muchas veces les he planteado ese problema a mis compañeros. Supónganse que hoy vienen los militares que tienen el poder y nos dicen: señores, vamos a dejar el poder político. ¿Cómo transformamos, cómo llegamos a una nueva sociedad? ¿Qué le contestamos nosotros? ¿Qué le contestamos los economistas? No estamos preparados. Si ni siquiera en la actual crisis de la economía hemos dado una explicación satisfactoria del proceso de inflación, ni cómo salir de eso; es decir, cómo afrontar la crisis del sistema, cuya manifestación es la inflación social. Lo que yo estoy buscando es, primero, la explicación racional, de la cual yo me he convencido, sin que eso quiera decir que no admita una contradicción; estoy ansioso de tenerlas y cambiar ideas sobre otras que me demuestren que estoy equivocado. Primero, una explicación que serviría de base a lo que hay que hacer. A mi me preocupa esto. Se llega por una vía o por otra a la así llamada normalidad institucional. Un elemento fundamental de la normalidad es el restablecimiento del poder sindical y político de las ma-

sas, en buena hora, pero sin resolver el problema de la apropiación y distribución. Entonces usted se expone a que eso lleve nuevamente al conflicto y a la inflación y al gobierno de fuerza, es decir, una repetición del ciclo político.

NS: Esto supone cierta homogeneización de los sistemas económicos del Tercer Mundo, especialmente de los países latinoamericanos.

R: No necesariamente la homogeneización de sistemas, sino llegar a darse cuenta de que hay un elemento común que es el sistema de apropiación y distribución, con todas las diferencias de país a país, de grados de desarrollo, de vinculación con los centros, de penetración de las transnacionales. En todos ellos hay un problema común que es el régimen de acumulación y distribución que es la característica del capitalismo periférico, no le digo que no sea de los centros, también, pero no me preocupo por ellos.

NS: ¿Por qué?

R: Por una razón, porque estoy concentrado en las cosas que yo conozco y si empiezo a hablar en los centros de las cosas que sé a medias, me expongo a perder autoridad y ser destruido por la prepotencia de los centros. Además yo creo que lo que digo acerca del sentido conflictivo del sistema, se les aplica a ellos también, pero allá ellos. Yo tengo suficiente con la periferia.

Ahora, si no entro en los problemas de los centros, no significa el rechazo de un esfuerzo supremo para hacer comprender a los centros que el sistema no anda. Con una visión de largo alcance, ellos deben ser los primeros interesados en cooperar en la solución de estos problemas. No quiere decir esto que nosotros tengamos que esperar la cooperación. Si nos ayudan, mejor, y si no nos ayudan tenemos que extremar la utilización de nuestros dos grandes potenciales de acumulación y comercio.

NS: ¿Qué perspectivas le ve usted a las experiencias integracionistas, como el caso del Pacto Andino y el SELA?

R: Comencemos por la ALALC. Yo estaba en Colombia invitado por Germán Arciniegas para dar una conferencia sobre la crisis del capitalismo, cuando llegó la noticia de la extremaunción de la ALALC ahora se llama ALADI y yo les dije: No voy a derramar lágrimas, porque todas las que tenía ya las he derramado al ver el mal uso que se hizo de ALALC. No se ha desenvuelto todavía el sentido de cooperación entre los países latinoamericanos por una serie de razones; pero además, estos largos años de prosperidad de los centros, dieron la impresión a la América Latina de que estos centros se abrían, que no teníamos por qué establecer relaciones cada vez más eficaces ya que entre nosotros había un mercado indefinido y que se conseguía toda suerte de recursos financieros; pero eso ha sido una ilusión. Todavía sobrevive la ilusión de recursos financieros por esta aberración del mercado de eurodólares, y eso debilitó la idea de integración. A mi juicio,

cuanto menos crezcan los centros y cuanto más restrinjan por su creciente proteccionismo las relaciones con la periferia, tanto más tenemos que entendernos entre nosotros, para una sustitución de importaciones en compartimientos, pero sí dividiendo el trabajo principalmente en materia de bienes de capital y de bienes intermedios. Ahí están las grandes líneas. Que ALADI puede ser un instrumento, yo dije en Colombia: puede ser, pero lo que a mi me preocupa consiste en qué política quiere seguirse a través de estos instrumentos bilaterales. Todavía no hay una conciencia en Latinoamérica y, a mi juicio, no hay otra solución en un período que puede ser demasiado largo, porque la crisis de los centros no es de fácil solución y resulta una advertencia a la periferia que no puede pretender volcar sobre los centros todas las manufacturas y productos primarios que necesita para pagar sus importaciones.

Necesita sustituir. Necesita restablecer la simetría del proceso de industrialización, no pretender solamente que los centros vayan a resolver el problema. Así es que ahí existe una falla fundamental de concepción.

NS: ¿No cree Ud. que el modelo económico de la escuela de Chicago del que hablábamos anteriormente, es un obstáculo para un sano proceso integracionista, como quedó demostrado con la salida de Chile, por ejemplo, del Pacto Andino, y seguramente esto va a repetirse en la medida que otros países adopten tal modelo? ¿No cree que sería necesario crear una conciencia continental frente al peligro que involucra la propagación de esta concepción neoclásica de la economía?

R: Sí, yo creo que esto tiene muy corta vida porque las consecuencias se van a ver dentro de muy pocos años. Este es un retroceso histórico inconcebible. Se encuentra muy bien instrumentado. Es en parte el resultado de un cuarto de siglo de penetración ideológica para destruir las ideas que la CEPAL ha proclamado en materia de industrialización, de autonomía del desarrollo, de planificación.

NS: Además de la CEPAL, que ya ha dado la voz de alerta sobre esta materia, ¿no cree usted que la próxima reunión de las Naciones Unidas sobre la estrategia para el Tercer Decenio podría ser el foro adecuado para plantear estas inquietudes?

R: Sí, de las reuniones internacionales de las Naciones Unidas, que son importantes, no hay que esperar ideas nuevas. Las ideas nuevas tienen que surgir de abajo. La idea en sí, que representan las teorías neoclásicas, es fácil de desbaratar teóricamente; pero lo que hay que enfrentar es toda la organización que se encuentra detrás de todo esto; los recursos enormes que tienen. Estamos indefensos. No se conoce un solo estudio importante que se haya puesto enfrente de estas aberraciones teóricas. Yo he publicado en el N° 5 de la Revista de la CEPAL, un capítulo que es una crítica a las teorías neoclásicas, artículo que fue reproducido en una revista de Colombia. No se trata de que yo valore especialmente mi artículo, pero representa una de las pocas cosas que han salido; esto quiere decir que tiene que

hacerse una acción mucho más sistemática, mucho más fuerte para oponerse a ello.

NS: Dr. Prebisch, ¿qué mensaje le enviaría a los lectores de "Nueva Sociedad"?

R: Mire usted, a mí me gusta el nombre de "NUEVA SOCIEDAD" porque no solamente se trata de un nuevo orden, sino de conceptos fundamentales acerca de lo que debiera ser la convivencia humana en el plano internacional y en el plano interno en el futuro. Con esto quiero decirle que, en la concepción de una nueva sociedad, no basta tener como objetivos el vigor del desarrollo, la equidad distributiva, la democratización y los valores inherentes, que ya es mucho, sino también otros objetivos. Nos importa cómo vemos al hombre de mañana, por lo mismo que el vigor del desarrollo va a crear un margen de tiempo debido al aumento de la productividad, qué hacer con ella, qué se va a hacer, cómo se va a configurar la vida de ese hombre si se le va a someter a los medios masivos de comunicación manejados por los intereses económicos y comerciales, cuál será el papel que tendrán esos medios si se emancipan de esos intereses, cuáles son los valores trascendentes que hay que desarrollar en una nueva sociedad. Por eso, yo creo que el título que ustedes han dado a su revista es muy correcto. Naturalmente, en lo que yo estoy haciendo subrayo esa importancia de los valores trascendentes; pero no me considero con la capacidad suficiente para abordar el problema. Eso sí para decir lo siguiente: Esta nueva organización del desarrollo, esta nueva dinámica del desarrollo tienen que ser compatibles con esos valores trascendentes que hay que definir y organizar.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 51 Noviembre- Diciembre 1980, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**